



1055

Publicaciones de la Biblioteca de Folios Nacionales

# REPERTORIO MONTALVINO

DESCRIPCIONES EXTRANJERAS - VOL. I

## EL MONOGRAFIA CULTURAL DE MONTALVINO

EDITA

ROBERTO AGUIAR



QUITO - ECUADOR  
1960



E - (041)

## EL PANORAMA CULTURAL DE MONTALVO





## NOTICIA BIOGRAFICA

Roberto Agramonte y Pichardo, Abogado, Profesor y una de las más culminantes figuras de la moderna intelectualidad cubana, nació en la ciudad de Villa Clara, el 3 de Enero de 1905.

Muy joven todavía, cuando apenas contaba 19 años, se graduó de Doctor en Letras, con una tesis sobre *El Pensamiento de Juan Montalvo*. Estudio amplio, completo y de gran erudición, no ha sido, sin embargo, publicado aún, sino en muy pequeña parte, como esa tan interesante y original sobre *La Estructura Somática de Montalvo* que es, como se ha anotado ya, el primer estudio de la índole de que ha sido objeto un personaje ecuatoriano, y en el que se confirman, a la luz de la ciencia, por sus detalles o revelaciones somáticas, las características psicológicas y geniales del Cosmopolita.

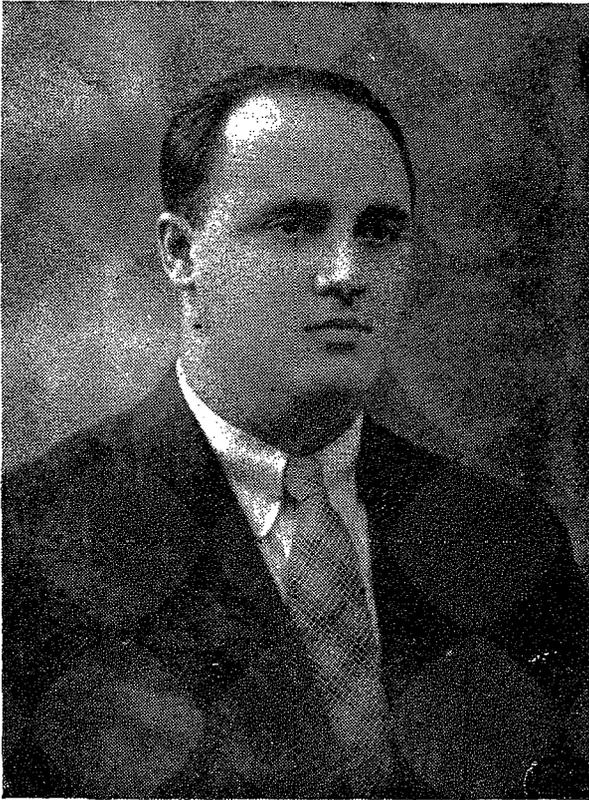
Sus estudios sobre éste, que, como se ve, han sido de su predilección, hasta constituirle, en el Extranjero, en uno de los más fervorosos apasionados de Montalvo, que más hondamente han penetrado en su personalidad y su obra,—le han llevado como de la mano a los que efectuara acerca de García Moreno, y que se concentran en su nuevo libro que en breve verá la luz: *Biografía del Dictador García Moreno* (Estudio psico-patológico e histórico).

Otras de sus obras más notables, sin contar su nutrida colaboración en las más altas tribunas de la prensa científica y literaria de su país y del Extranjero, son las siguientes: *Programa del Curso de Filosofía Moral* (1928); *Curso sobre la Sociología de Simmel* (1928) y el I Tomo de su obra fundamental *Psicología General* (1929).

Y es que su mayor aporte a la cultura cubana ha sido desde la cátedra universitaria, en la que alcanzara el insigne honor de suceder a ese ilustre sabio y venerable maestro, el Dr. Enrique José Varona, a pesar del reparo que entonces se le opusiera, de su extremada juventud.

Su labor en el aula y en el libro le ha conquistado un sólido prestigio continental y le ha valido la honrosa designación hecha por la docta Universidad de la Habana, de Director del Departamento de Intercambio Cultural y Jefe de Redacción de la notabilísima Revista órgano del establecimiento.

En ella y algunas otras, como la no menos importantísima *Revista Bimestre Cubana*, con Elías Entralgo y otros altos valores intelectuales de la Patria de Martí, viene realizando una magna obra cultural, por difundir la de Montalvo y honrar debidamente su memoria. Y aparte de las páginas inéditas que nos ha dado ya a conocer, prepara también otros volúmenes de las obras póstumas del Maestro, que son esperados ya con gran expectación por sus admiradores de América.



D. Agramonte.



ROBERTO AGRAMONTE

---

# EL PANORAMA CULTURAL DE MONTALVO

---

PUBLICACIONES DE LA BIBLIOTECA  
DE AUTORES NACIONALES

---

**AMBATO—ECUADOR**

*Tip. A. M. GARCÉS*

MCMXXXV



## **PRELIMINAR**

---

INICIA, con el presente opúsculo, una nueva serie de sus publicaciones, la BIBLIOTECA DE AUTORES NACIONALES.

Le anima el propósito de ir, en dos secciones, la una de escritores ecuatorianos, y de extranjeros la otra, en tomitos independientes, sin orden o clasificación de ninguna otra especie, reuniendo cuanto de algún mérito ha salido de sus plumas, o saliere, acerca de la personalidad y la obra de D. Juan Montalvo.

Paralelo al de una más constante y sistemática difusión de la obra del Cosmopolita y de la publicación, sobre todo, de sus escritos inéditos; abri-

gamos el más vivo empeño en coleccionar aquellos trabajos, estudios, etc., cualesquiera que sean su género literario, los aspectos que enfoquen, sus puntos de vista, su valor intrínseco,—que no lo discutiremos ni apreciaremos siquiera, máxime si ello parecería aquí como extemporáneo, como *a priori*,—con tal de que tengan el suficiente para ser incluidos en el Repertorio,—un verdadero REPERTORIO MONTALVINO que nos proponemos formar, como una fuente conocida y única, dirémoslo así, para la mayor comprensión y estudio de nuestro compatriota.

\* \* \*

UNA razón, alguna justificación de este honrado empeño nuestro, de la obra o la faena en que desde hace tanto tiempo hemos deseado emprender? Nunca, como en el caso actual, su simple y escueta exposición, encerrándolas todas, para el lector ecuatoriano, en particular, ha podido relevarnos más completamente de añadir ni siquiera una línea.

Montalvo es... Montalvo. Y la «realidad» de su destino póstumo o de su gloria; la «realidad» de su obra o su herencia espiritual para los ecuatorianos, la de su patria, la de la época... algo superficial u obvio, ya hartamente manoseado y trillado o, en cambio, de examinarse y ahondarse un poco, un largo y más enjundioso «capítulo» para ser compendiado siquiera por nosotros en una breve nota preliminar como esta.

\* \* \*

## VII

SIN embargo...—Acaso no esté por demás para las gentes menos ilustradas sólo, para el gran público, al cual queremos principalmente llegar con la obra de Montalvo, y la que la precisa o la define, el recalcar sobre algunas de esas verdades; y acaso nos excusen también esa necesidad y ese deber nuestro, a los ojos de los espíritus cultos.

De entre los «valores humanos» de esta tierra, Montalvo es quizá quien, en el doble aspecto del hombre y del escritor, ofrece más amplio y condigno campo a la investigación y la crítica; más abundante y compleja materia de meditación y estudio. Un venero más rico e inagotable de ejemplos sugestivos y las más altas y nobles enseñanzas. De la inspiración fecunda y el influjo fuerte y bienhechor que podemos recibir de los buenos autores. —Es el hombre, es el escritor... Quien, en uno como desasimiento de familia, en la continuidad de la tradición y el culto de su pueblo, hasta ha sido identificado a algo así como un héroe o un personaje mitológico; la clave enigmática de un libro....

Todo hombre mismo es un libro, como reversible todo libro no es más que un hombre, un simulacro o un fragmento de hombre... Sólo que, en el caso de nuestro hombre, hemos estado mucho más lejos todavía de «leerlo» o de poderlo leer...

Sin embargo, la contradicción absurda,—absurda cuanto más se repelen en tierras como la nuestra, los términos de la oposición, queda o se mantiene sarcásticamente en pie. Todo el mundo le conoce y todo el mundo le desconoce a D. Juan....

## VIII

El es de esos pocos,—decimos—de los grandes del Ecuador y la América, dignos de un hondo y completo estudio, del más prolijo y concienzudo análisis. De la interpretación cabal, de la valoración exacta, de la «definición» definitiva de uno de esos varones representativos de la especie, *spécimen* de la raza, forjadores de la nacionalidad ... ¡Pero el caso o la falta que nos ha hecho descorrer ese velo para *conocerle*; explotar y escudriñar mejor esa mina, para extraer todos sus más recónditos y preciados minerales, perfectamente avenidos con nuestro «tropicalismo», con esa lucecilla de luciérnaga de una especie de socorrida intuición!

La «intuición», esto es el ruido exterior de uno de los que más ruido han metido en nuestra Patria, no siendo comparable así más que con uno que otro de los que precisamente completan el *dramatis personae* del drama ruidoso en que él descuella, en el sentido de su misión civilizadora y heroica, como el principal protagonista; ese bastardeo simoníaco de la fama, al amparo de un nombre ilustre o los más inocentes signos primarios del humo, el sonido, la espuma, la sombra...nos han bastado a nosotros casi para todo: para llenar la parte de él, y para la nuestra de esa mísera retribución de un culto...también externo! Para que acumuláramos en su torno montañas de simple y rimbombante elogio y entretejiéramos una malla cada vez más espesa e intrincada al rededor de su vida, como para hacer adrede aun más difícil su depuración, su clarificación a la luz puramente histórica, dijérase humana. Nos abandonáramos ingenuamente en el alarde de nuestro hombre....

\* \* \*

REVELADORA muestra de nuestra cultura general. Casi una profanación, una «defraudación», si alzándose sobre la inconsistencia y la transitoriedad de esa simulación o desvío del culto debido a los grandes hombres, no están los intereses y fines más trascendentales de la cultura, por los que solamente ellos pueden supervivir....

Y la «supervivencia» de Montalvo es o debe ser la de esa «presencia» virtual.... Inmensa ha sido su influencia sobre todo en el medio ecuatoriano, como inmensa la extensión de su renombre más allá de los horizontes patrios; mas su obra no ha dado aún de sí todos los frutos que debe rendir, por múltiples y adversos factores, como esos de nuestras multitudes y hasta de los sectores más ilustrados de nuestro pueblo, a que nos hemos referido. A procurar lo tiende uno de los fines primordiales de nuestra Casa, que habiendo adquirido ya algún desarrollo y contando, sobre todo, con algunos mayores recursos materiales, quiere entrar más de lleno en el campo de su realización, difundiendo aun más la obra del maestro, y lo mucho que dentro y fuera del país, en esa como reacción que se advierte por penetrar honda y completamente en la obra y el espíritu montalvino, se viene frecuentemente publicando.

Honremos así a Montalvo, con el honor esencial de sus ejemplos, virtudes y enseñanzas, que es decir el imperativo de un pueblo: no dejar como la semilla que se arroja en un terreno abandonado e inculto, antes bien beneficiar los esfuerzos que

se aporten a la cultura, para ostentarlos, si acaso, entre sus preesas y blasones, como el más noble y legítimo orgullo de sí mismo y de sus hijos ilustres.

Que Montalvo, que hizo ya su obra y la legó a la posteridad, viva extensa, intensamente por ella y más que todo por ella; puesto que sepamos conservar y acrecentar nosotros su herencia magnífica....

Leamos a Montalvo; «humanicemos» a Montalvo, no sea sino para volverlo reverentemente más accesible a su pueblo; para la «conciencia» y la rendición plena de su culto; para la más perfecta virtualidad de su acción o su influjo en nuestras generaciones.

La de sus más perspicaces críticos y comentaradores será como una más clara luz que nos guíe en la vastedad de ese pequeño gran mundo siempre por descubrirse de un gran hombre ...

**J. P. MERA,**

Director de la CASA DE MONTALVO.

ROBERTO AGRAMONTE

**EL PANORAMA CULTURAL DE MONTALVÓ**



## I

LA pura humanidad desborda en Montalvo las fronteras de todo empeño cultural intrínseco. El arte, la literatura y la filosofía no son fines *per se* sino vehículos para la expresión cabal de la esencia humana. Toda superación cultural no es más que una superestructura destinada a incrementar los valores éticos del hombre. Según esto debemos examinar dos problemas: primero: cómo el arte, especialmente el arte literario, es un método de antropología psicológica; o mejor, qué clase de arte matiza la clase de hombre que es Montalvo; segundo: cómo se identifica o repele determinados tipos, en cuanto son coeficientes de determinada humanidad; y cómo cada género literario, como tal, lleva asignado su misión ética, en el destino cósmico de los valores. Examinado el tema general del arte, surge una segunda forma de expresión, que emana de la personalidad íntima del ambateño: es su temperamento crítico frente a los valores literarios, históricos o filosóficos, su fusión con ellos y el sentido específico que les otorga, en cuanto sirven para fomentar el destino ético de la conciencia humana.

Montalvo define el arte como «el conjunto armónico de los conocimientos humanos recogidos en un punto y componiendo obras maestras». (1) Según esto, la experiencia de la humanidad, en sus aportes parciales, llega a una concentración individual neta. Esta experiencia se impone a todo proceder artístico ulterior, en cuanto la obra maestra es un modelo de autoridad y de autenticidad. El arte es, según este modo de ver, normativo; su ancha fontana es la obra llamada clásica, que insinúa como arquetipo, como paradigma, de la cual toda obra empírica no es sino trasunto, amago.

El arte ha de servir, pues, a una sola cosa: a la realización de los valores morales. Obsérvese que el arte va al servicio del hombre. No es legítimo, pues, el arte por el arte, sino el arte en sentido de una ancha tabla de valores. Es lo que dice categóricamente cuando colige que «el fin de escribir es poner en su punto la moral, enderezando lo torcido, purificando lo turbio, inclinando las costumbres al modo de vivir de los pueblos, religiones y medios.» (2) Ese es el fin del escritor, no uno de los fines. Adviértase cómo el eticista absorbe y concentra todo lo demás. El arte es guía civil, cosa enseñable. La responsabilidad del artista es, pues, hartamente laxa. La sociedad ha de beneficiarse con la obra artística. Cuando ésta lleva signo negativo, la sociedad tiene forzosamente que padecer. Porque el artista, con su mayor psicoestesia, amplifica el mal y lo hace más instilable: «las pasiones ruines

---

(1) Buscapié, XXX.

(2) Cosmopolita, II, 316.

suelen ser más descaradas y sedientas en los poetas secundarios que en los demás hombres». (1) En esta observación, debida a Montaigne, queda embebido el sujeto propicio del arte. No es mi tema dilucidar críticamente, si esta manera de ver es opinión o ciencia, sino fijar un rasgo personal, en que arte y ética viven anudados por una amistad ineludible. He aquí el origen prístino del connubio entre Montalvo y Cervantes. En *El Buscapié* el primero expresa rotundamente, hablando de la figura quijotesca, que «el móvil de acciones tan extravagantes, en resumidas cuentas, viene a ser la virtud». (2) Por eso *El Quijote* es «un curso de moral», viva, enseñable, es «la gran lección moral que los hombres repiten sin cansarse». (3) En el fondo constitutivo de esta tesis está, pues, el hombre: Montalvo, es él mismo quien repite la lección, sin temor ni cansancio.

Descendamos un poco, para confrontar los géneros literarios y verificar el sentido de la doctrina precedente. Es en la novela, el teatro, la sátira, la poesía, la crítica, donde se objetiva la moral pragmática. ¿Cuáles han de ser, pues, los requisitos del novelista, del dramaturgo, del poeta, del crítico, etc.? La primera exigencia es esta: «el artista en la novela ha de ser consumado». (4) Debe aclararse, empero, qué valor otorga Montalvo a esta plenitud que exige al novelista. Ser consumado novelista implica que la novela contenga «personajes de alta virtud, grandes

---

(1) Vesjestorio, 180.

(2) Busc., VIII.

(3) Busc., XXVII.

(4) Busc., XXXI.

ejemplares de moral y caridad». (1) Esta nota se da en la novelística desde *Matilde* o *Las Cruzadas*, hasta *El Vicario de Wakefield*, que presenta a «ese pastor de costumbres tan puras y ejemplares», cuya virtud consiste en «ser bueno, humano, generoso, sabe sufrir y perdonar». (2) El criterio de negatividad *in toto* de una novela radica, reversiblemente, en la maldad que confiere a sus personajes. Una novela, cuyo héroe sea malvado, que sale bien en su empresa y muere feliz, es *ab-initio* mala. El hombre que crea esta obra de signo negativo es, asimismo, constitutivamente malo. (3) Consumado es, pues, el novelista cuyo deber queda cumplido mostrando el horror que causa el personaje y el acontecer criminosos. (4) Existe una sola excepción que parece paradójica. Existen novelas en que la maestría literaria es tal que el factor ético parece quedar desplazado. Su celebridad radica, no en la ética del héroe, sino en el estilo cumplido y clásico. Montalvo se refiere concretamente a la novela picaresca: «el que no haya leído el *Gil Blas*—anota—no merece sacramentos.» Este fin moral en que insistimos da tono a las obras de esa mujer, que es Fernán Caballero: «en cada una de ellas triunfa una virtud o es castigado un vicio». (5) Igual ocurre con *Fabiola* del Cardenal Wisemán, quien sabía que la novela «es el terreno donde campean los grandes caracteres

---

(1) Mercurial, 71.

(2) Merc., 73.

(3) Merc., 76.

(4) Merc., 77.

(5) Merc., 74.

y donde se ponen en juego las virtudes». (1) En la novela de Chateaubriand ahí está el padre Aubry «encomendando a Dios a la joven catecúmena, muerta de amor y honestidad». (2) Pero esta nota alcanza su colorido máximo en *Los Desposados* de Manzoni. A propósito de esta novela, le escribía don Marcelino Menéndez y Pelayo a Montalvo: «En cuanto a *Il Promessi Sposi* no sólo los admiro sino que los amo con cierta especie de devoción íntima; es la segunda novela del mundo después del Quijote. A lo menos yo no conozco otra mejor». Pues bien, para Montalvo esta novela es «la personificación sublime de la caridad y la fraternidad humanas». Su tipo céntrico, San Carlos Borromeo, es de un interés dramático sumo. Su auxilio a enfermos y convalecientes, durante la peste de Milán, su triple servicio de madre, criado y sacerdote, el difunto apestado que va sobre sus hombros, la salvación de los que perecen de hambre y sed, por medio de cuidados y vigiliias y la absolución de los moribundos, hacen de él una figura grandiosa. (3).

Este ideal ético del arte novelesco es el que cumple con justeza el propio Montalvo, en el perfil de su novela corta *El Cura de Santa Engracia*. Este personaje se destaca por ser cumplidor de sus deberes cívicos, de la ley de Dios y de las obras de misericordia. La novela no resulta, pues, para nuestro moralista, un género literario consunto, desde

---

(1) Merc., 74.

(2) Merc., 74.

(3) Merc., 71—72.

el punto de vista ético, sino pleno de vigor y de salud. Incluso al niño puede servir de utilidad su lectura, en obras como la inmortal de Bernardino de Saint Pierre.

El teatro hace más plástico el sentido trascendente de la moral. Ahí tenéis el griego, como hontanar de perenne decoro. Estos inventores del teatro jamás se deleitaron «en escenas indignas de la majestad del hombre». Sus caracteres trágicos—encarnación de virtudes—son ejemplo para el género humano. Allí el vicio está contrapuesto a la virtud para la edificación del hombre. El mundo real presenta escasos ejemplos de amor, valor, abnegación, generosidad y sacrificios genuinos. No importa: Montalvo cree como Wilde que la vida plagia al arte. En el teatro se afrontan, bien sea en el clásico griego, bien en el moderno de Corneille. La grandeza de alma y la rectitud moral se aprende allí como en un curso práctico. «El teatro es escuela de virtudes; después de una buena pieza trágica, el que la ha presenciado se siente superior a sí mismo, y capaz de cosas mayores, que cuando no la había visto». (1) Por esto el teatro es la forma más bella, útil y fecunda que tiene la humanidad culta para revelar la inteligencia.

La poesía misma, cuyo fin parece tan alejado de todo aparato moral, sirve a este propósito, porque «el poeta es un sacerdote que en los tesoros de su sabiduría, guarda mil arcanos incomprensibles para el común de los mortales». (2) Por eso el poeta

---

(1) Merc., 62—63.

(2) Cosm., II, 221.

contiene al sabedor de su deber. El fin moral no puede inexistir para el magno y auténtico poeta. (1)

No obstante, donde la moralidad se dota de más vertebración, es en la crítica, pues la pasión, la serenidad, en una palabra, el *tempo* temperamental, se revela en ella, aunque vaya, por modo subrepticio, tocando todos los contenidos. Este es el profundo valor de la venerable sentencia de Buffón «el estilo es el hombre», en cuanto el estilo descubre por fuerza una idiosincracia. Esto se hará más factible en quien haya descubierto toda la filosofía embebida en la patética lucha de un niño que se esfuerza en plasmar una impresión. La crítica, como todo momento del espíritu, tiene una cualidad moral y reversiblemente la cualidad crítica es la que hace al espíritu singularmente moral. Es muy superficial la tendencia de la literatura que enfoca todo criticismo en el mero estilo, considerado autónomamente. El estilo es algo más, es una revelación de la intimidad humana, e impresiona por lo que tiene de significativo para la honda personalidad. Por eso el estilo es la encarnación de Montalvo y la crítica su instrumento. Montalvo hace la crítica sinónima de tolerancia filosófica. Es requisito del crítico conllevar un alma elevada, humanidad y misericordia. (2) La malevolencia taracea la crítica. Todo contacto con la obra ajena presupone cierta rara ecuanimidad para valorar sus contenidos. Por eso «aborrecer una obra *in odium auctorem* y aborrecer un autor *in odium operae*» es subversión drástica y convicta de error estimativo.

---

(1) Merc., 63.

(2) Vejes., 190.

La crítica es el supuesto del refrán, la sátira y la polémica. El refrán, cuyas secretas verdades tienen un sabor tan vital al paladar humano, es el criticismo de la vida tamizado, colado por la experiencia mundana. ¡Qué contenido ético, pues, en el refrán! «Cuántas cosas buenas se han dicho en esos evangelios que se llaman colecciones de refranes!» (1) Pero nada más difícil que la sátira, cuyo requisito primario es el humorismo, finamente destilado: «La sátira ha de venir debajo de una alcorza dulce y fina, para que sea grata al paladar; si ocurre que a lo grosero de la sustancia agregamos lo ruín de la forma, el ceño de los lectores le advertirá al mal censor que sus ingeniosidades se han ido por el albañal». (2) La fineza, esta cualidad del espíritu, y la ironía son notas que han de bullir en esta fiesta. (Debe añadirse que el humor es para San Agustín la cualidad predominante de Dios, perfectamente compatible con su misión ética; y la ironía socrática es seria, en espíritu tan piadoso.) Sin embargo, la ironía agustiniana y la socrática, compatibles con la psique de Montalvo, no son la sátira burda, inética, gratuita. Montalvo no cultiva la sátira sino el insulto. Sublime insulto! La polémica, ese instrumento que en Montalvo alcanzó una eficacia humana tan certera, es casi el signo de su figura. Es su altura dramática humana lo que la origina. Sirve la polémica y «es útil en todo extremo y no la temen los que descansan en la conciencia y han bebido en buenas fuentes sus conocimientos». (3) Adviértase:

---

(1) Siete Tratados, II, 217.

(2) S. T., I, 335.

(3) Cosm., I, 288.

una polémica de acuerdo con la ley de la conciencia.

En Montalvo la misión cósmica del escritor se dota de un sentido intransferible. El escritor es un ser que hace gravitar su vida sobre un alfabeto de unas pocas letras. Maravilloso invento! Veintiocho meras letras sirven para expresar la profundidad de todos los afectos, la complejidad de todas las ideaciones, la trayectoria de todas las voliciones, para archivar toda la historia, toda la ciencia, toda la religión. De aquí el destino insospechable del puro escritor. Ese es Montalvo. El comprendió bien ese vicio lleno de inquietudes: «vicio lleno de zozobras, amarguras, peligros, dolores secretos, lágrimas invisibles; pero lleno también de triunfos, satisfacciones profundas, fruiciones íntimas desconocidas para el vulgo; placeres de la inteligencia, libertinaje casto y sublime del corazón; déjenme mis dados, déjenme mi copa, déjenme mi pluma, tengo este vicio.» (1)

Quizás al lector parezca raro, al estudiar la biografía de Montalvo, no hallar huella alguna del orador, del tribuno. Puede esto muy bien atribuirse a lo huraño de su temperamento esquizoide, a su vivir a espaldas del gran público, del vulgo profano, o bien a la lentitud de su creación. Su ineficacia oratoria no ha de referirse a limitación mental alguna. Revítese lo dicho acerca de su rara memoria. Ni de aversión hacia el género oratorio *per se*, puesto que pronunció tres o cuatro discursos. Ha de hallarse, pues, esta laguna de su vida militante en la carencia

---

(1) Espectador, I, 135.

de escenario o en la imposibilidad de ponerse a tono emocional con algún auditorio; en aquella conciencia pulcra de la forma literaria, labrada con voluntad y empeño, que «sería acción bastarda no concederle por lo menos el mérito de la constancia.» (1) Además, en el tono agudo de su voz que no era para resonar en la tribuna.

---

(1) Bucs., XXII.

## II

LA CULTURA PRIMITIVA.—El primer signo de la cultura primitiva es la poesía. Esta constituye «el primer período de los pueblos en la larga y difícil carrera de la civilización». (1) Este arranque es común a todas las civilizaciones. Los bardos tejen, en pomposas figuras, sus poemas, obedeciendo al «tumulto de afecciones inconexas que hierven en el hombre semibasto». Los móviles de este anhelo son: la necesidad de conocimiento y «el vago anhelo de placeres y de timbres que se exhalan en voces rítmicas». (2) Se ve aquí a Montalvo interesado en el problema genético de la cultura. Lo predicho comporta asimismo la cuestión genética del arte. La cultura, además, se halla viva y concreta en los monumentos religiosos.

*Las Escrituras.*—Aquí se funden el contenido religioso, el ético y el poético. Además, se insinúa un valor educativo, ostensible: «aprendo de memoria la Escritura Sagrada, fuente inagotable de virtu-

---

(1) Esp., II, 187.

(2) Cosm., II, 3.

des, mar de poesía, monumento grandioso digno de la inspiración divina». (1)

*Ciclo homérico.*—La atmósfera de este ciclo se debe al padre Homero. Mendigando el pan de la vida a modo de patriarca se hace digno y sublime. (2) Las canas venerables de este «anciano maravilloso, cantor de Júpiter» (3) no desdicen de su estro: «el ciego de Chio, este pontífice de los dioses y padre de las musas,» (4) iba a entrar en la categoría de los entes superiores, «por la inteligencia, la sensibilidad, la virtud y las desgracias, después de haber vivido siglos en mil formas». (5) Montalvo confiesa no haber leído *La Ilíada* en griego, pero cree que no sabemos lo que sería «en verso heroico forjado en la fragua misma de Homero»; que debe ser sublime la despedida de Héctor y Andrómaca, los tiernos espantos y vagidos del muchacho Astinax, al ver el aspecto guerrero de su padre y el resplandor de sus bronceas armas». La historia del viejo Priamo no puede ser leída «sin una secreta simpatía por él y la ciudad de Ilión condenada a la ruina». (6) Quizá *La Ilíada* en prosa y traducida esté carente de la música, de rima, pero «la poesía allí está rebosando».

*Sócrates.*—Ya se ha aludido a él, a propósito de la sabiduría. Recuérdese que, según Montalvo, era

- 
- (1) S. T., I, 304.
  - (2) Cosm., II, 22.
  - (3) Busc., XXXI.
  - (4) Busc., LI.
  - (5) Busc., LIX.
  - (6) Esp., I, 201.

el más bello, el más sabio y el más bueno de los hombres. Pero nos faltan algunos datos de él. Por ejemplo, el de aquel amor «agrio y penoso de su ingratiabie Xantipa». ¿Cuál debió ser la suerte del «más feo de los nacidos»? No le importaban Lastenies ni Elpinices, pues «venía colgado de la belleza infinita», pero concurría a los estrados de las mujeres de moda, para henchir la atmósfera de sabiduría y virtud: «Teodota se aprovechó de sus lecciones y, según ellas, puso debajo de la suela de su zapato a los más pintados atenienses». (1)

*Platón.*—El genio de Platón «rueda por los ámbitos de la inmortalidad». (2). Cuando habla del Dios desconocido, *Deus absconditus*, «toma él mismo las proporciones de un ser tan elevado, que parece superior a la especie humana.» (3)

*Jenofonte.*—En sus *Económicas* se revela como «el más casto y dulce de los escritores filosóficos». Tal es la virtud de «ese en cuyos labios andan las abejas del Himeto». (4)

*Aristóteles.*—Además de su papel en la filosofía antigua y de su influencia en la teología medioeval, debe considerarse como el «padre de la retórica». (5)

*Esopo.*—Este feo, de más de la marca, prototipo de los feos, fue «ciudadano irreprochable, patriota acendrado, gran filósofo en verso, aunque no

---

(1) Geometría, 76.

(2) S. T., II, 9.

(3) Vejes., 192.

(4) S. T., I, 156.

(5) Catilnarias, I, 84.

por fortuna, buen padre de familia». (1) No sabemos por fábula o historia que haya sido el Paris de su tiempo.

*Aristófanes.*—Este «poeta-histrión» (2) choca con la sensibilidad de Montalvo, que no le perdona su comedia *Las Nubes*, «perjurio con el cual ese griego perverso niega la dignidad en el majestuoso, la pureza en el inocente y la virtud en el justo». (3) Alude a la sátira contra Sócrates. Aquí el motivo estético aparece diluido en el motivo ético. Es un ejemplo vivo que confirma nuestra tesis.

*Safo.*—El nombre de Safo no ha persistido «por lo notable de su rostro, mas antes por el fuego de su alma, la cual tenía abrasados sin tregua imaginación y sentidos.» (4) Su vida son sus versos «provocativos y maliciosos». (5)

*Zenón.*—Este filósofo, fundador de la escuela estoica, es uno «como Newton antiguo, a quien le espera una palma en el coro de los inocentes». (6)

*Epicuro.*—Su mérito principal fue haber escrito «trescientos volúmenes sin una sola acotación ni pensamiento ajeno; pero este Epicuro era el más....» (7) La reticencia lleva imbebida una valoración peyorativa. Montalvo ve en Epicuro «el corruptor de la antigüedad». (8) Esta opinión sinto-

---

(1) Geom., 76,77 y S. T., I, 105.

(2) Busc., XLIV.

(3) Catil., II, 234.

(4) S. T., I, 135.

(5) S. T., II, 192.

(6) Geom., 87.

(7) S. T., II, 83.

(8) Catil., I, 47.

niza con el temperamento de Montalvo, però la afirmación en redondo ya hoy resulta inaceptable.

*Demóstenes.*—Su mayor fama radica en que «vuelve ceniza con la palabra a los enemigos de su patria». (1)

*Sófocles.*—Su tragedia fundamental es *Edipo Rey*, «en la cual Edipo, enfurecido y limpio con las lágrimas del dolor, sube al cielo sin morir, cual otro Elías». (2) La «trama prodigiosa» de esta tragedia lo eleva a la jerarquía de genio. (3) En él es «todo serio, todo grande, pues siempre la enseñanza de la tragedia es lúgubre». (4)

*Eurípides.*—El poder de su estro era tal que «salvó con sus versos centenares de atenienses al punto de ser pasados por la espada de los siracusanos». (5) Obsérvese que Montalvo da énfasis al motivo estético, poniéndolo al servicio de la vida y de su eficacia intrínseca.

---

(1) S. T., II, 70.

(2) S. T., I, 244.

(3) S. T., II, 49.

(4) *Busc.*, XII.

(5) *Cosm.*, II, 10.

### III

CULTURA ROMANA.—¿Cómo se ejecuta el tránsito cultural de Grecia a Roma? ¿Cómo se pasa de la vida alegre, fácil, de los helenos a la vida austera de los romanos, aquella transmutación de la poesía a la prosa, que ponderaba Hegel? Montalvo profesa: «después de esta época tan gloriosa para el género humano, las artes esperaron muchos siglos; poder, grandeza, elocuencia, filosofía, todo pasó de Grecia a Roma: Grecia quedó reengolfada en su barbarie primitiva, Roma se civilizó». (1)

*Plutarco*.—Esta era lectura preferente de Montalvo. Los *Paralelos de los Varones Ilustres*, los sabía de memoria. Esta obra ha sido «escuela de grandes hombres». (2) Es el «filósofo austero que nada perdona a los sujetos de sus comparaciones». (3) Esta austeridad que le atribuye es la marca con que Montalvo ingresa en la vida.

*Suetonio*.—Junto a Tácito es «uno de los príncipes de la historia» (4)

- 
- (1) *Cosm.*, II, 3.
  - (2) *S. T.*, I, 235.
  - (3) *S. T.*, I, 305.
  - (4) *Catil.*, II, 31.

*Tito Livio.*—Montalvo se identificó vitalmente a este «historiador poético que reviste a la libertad con las galas de los seres vivos». (1) Es el tema de la libertad lo que le incita en su valoración. Es lo que entresaca entre tanta abundancia de cualidades.

*Plinio.*—Frente a lo apócrifo va lo auténtico. Plinio es «historiador que tiene en mucho la verdad». (2) Con esto se cierra el pentágono de los historiógrafos. Pasemos a otros varones ilustres

*Cicerón.*—Su ética le ennoblece por haberse situado de espaldas a su época: «en el más corrompido de los siglos puede citársele como brillante paradigma de virtud». (3) Nótese cómo Montalvo, al enjuiciar, paraleliza su propia vida, re-descubriéndose a los ojos del modelo. (El tema «Cicerón» fue objeto de una larga polémica con nuestro Merchán).

*Catón.*—Insiste en el tema. Aquí gravita tomando más espacio. Va más al meollo. Este «grave romano» que es también, en sentido laxo, un filósofo, llevaba «la virtud y los principios de la moral tan arraigados en su pecho, y tan bien determinados, que nunca nadie los profesó más puros». (4) Su fusión con el modelo toma la forma de una *unyo mística*.

*Séneca.*—Con él se llena la constelación. Pero no pone el énfasis de la silueta catoniana, más fuerte, más teñida. El filósofo de Córdoba tiende a «mo-

---

(1) S. T., I, 319.

(2) S. T., II, 188.

(3) S. T., I, 294.

(4) Cosm., II, 30.

dificar malas propensiones, hacer hombres útiles, buenos hijos de la patria». (1)

*Varrón*.—Le califica secamente como «el más sabio de los romanos». (2) Secamente, como el crítico que dijo que nada importante había ocurrido en la vida de Kant, excepto haber tenido genio.

*Marcial*.—Otra vez el aspecto ético y político. Marcial es el «adulador de otro tigre que vivía de sangre humana». (3)

*Virgilio*.—Aquí el rasgo que destaca Montalvo es la limpieza interior, la blanca pureza. Virgilio es el «autor más casto, pulcro y decoroso de la antigüedad; conceptos maliciosos, nunca en sus exámenes; palabras vulgares, nunca en sus labios; todo puro, todo culto». (4) Y también inmunizado: «el cisne de Mantua fue mil veces acosado por cuervos que echaban graznidos siniestros en torno suyo; pero el lodo que Mevio y Bavio le arrojaron, no llegó jamás a ensuciarle la blanca pluma, y así limpio, casto, puro, ha pasado hasta nosotros e irá pasando a las generaciones venideras». (5) Re-descúbrase al hombre pulcro que se esconde detrás de este juicio. Es el Montalvo que viste con un sobretodo muy negro y muy largo y que lleva su pechera muy pulcra y su cuello y sus puños muy blancos.

*San Agustín*.—El autor de la *Ciudad de Dios* es estudiado en su aspecto humano como el gran li-

---

(1) Catil., I, 123.

(2) S. T., I, 324.

(3) S. T., I, 320.

(4) Catil., II, 124.

(5) Busc., XLIV.

bertino, que luego fue el más sabio de los Padres de la Iglesia». (1)

*Padres de la Iglesia.*—Esta constelación sacra es estimada por Montalvo de un modo muy especial. Son los Padres de la Iglesia «hombres venerables que la han sostenido con el saber y la virtud, el amor y el sacrificio, siempre, y siempre contra los tiranos de la Iglesia y de los pueblos». Debieran seleccionarse a Basílios y Atanasios «por la sabiduría». A Antonios y Jerónimos «por la penitencia». Ya hemos visto a San Agustín «alumbrando a modo de divina antorcha». Pero no ha de faltar San Ambrosio, «ese calvo anciano de belleza celestial que se tira a la puerta del templo, resplandeciendo con el espíritu en el rostro y le obliga a caer de rodillas al emperador de Roma». (2)

---

(1) Merc., 139.

(2) Catil., II, 76.

## IV

LA CULTURA FRANCESA.—Durante mucho tiempo—ya lo hemos visto—Montalvo vivió la atmósfera de la cultura francesa, cuya lengua dominaba y escribía. Francia fue además su país adoptivo y los escritores franceses objeto de especial estudio. El siglo de Luis XIV «recibe luz de los grandes plebeyos que ennoblecen su reinado». Son moralistas insignes: La Bruyère, La Rochefaucauld; dramaturgos de primer orden: Racine, Corneille y Molière; y Saint Simón y La Seigné, «aunque aristócratas, escritores de primera línea». Estúdiese bien la reserva de este último extremo: *aunque aristócratas*—dice. Es un problema de jerarquía social, lo que va dando tono, como el pedal en la clave, al motivo cultural y al estético.

*La Bruyère.*—Algunos críticos han comparado a Montalvo con La Bruyère, pero las comparaciones son odiosas y, como método crítico, la comparación parece desplazada, bajo la influencia de la teoría del punto de vista. Toda comparación es parcial e insuficiente. Hay pues, que tomar al sujeto criticado como lo que es en sí, como entidad individual. No obstante, La Bruyère dejó honda huella en el es-

píritu de Montalvo. Primeramente, por la amargura embebida en sus sentencias: «hunde en amarga tierra las cláusulas con que retrata el corazón humano». Luego por la persecución contra el vicio: «el vicio lo irrita, el crimen le da fátagos y la actitud saludable de su pecho—húndase la mirada en esta contraposición: la *actitud saludable*, tan autopsíquica, tan idiosincrática—sale fuera en palabras hoscas y bravías como el fierro bruto». Finalmente por la actitud catónica: «estos censores se pasan de severos; témelos uno, pero elude su castigo con huir de ellos, mucho pueden esos maestros sutiles que se insinúan riendo, se meten adentro y hieren el alma». (1)

*Montaigne*.—También la crítica le ha ensamblado en Montaigne, quizá por ese divagar sin rosa náutica, por esa potencia de imaginación asociativa que le obsta toda sistematización, todo logicismo, por ese egotismo que ve con la pupila ávida los más nimios detalles, y trata con amenidad las bagatelas más vulgares. También seméjase por ese combatir desde dentro el vicio y la crueldad y enaltecer la virtud, el amor y la amistad; por ese recato moral y cuidado de no guiar la pluma con animus lucrandi, como calificaba Montaigne a «aquellas gentes de baja fortuna que buscan en las letras medios de vida». Pero el rasgo que más los filia es haber condensado en la moral—como Sócrates—todo el problema filosófico. En este punto ha de desembocar nuestra aclaración: «los *Ensayos* de Montaigne—enseña Montalvo—son una de las obras más agradables y excelentes que podemos haber a las

---

(1) Busc., IX.

manos; nos instruyen tanto como nos deleitan». (1) Instruir deleitando—he ahí el clásico criterio de la ética pedagógica.

*Bossuet.*—Bossuet, Lacordaire y Wiseman son «altos sacerdotes, si por las luces derramadas, si por sus deberes cumplidos». (2) Lo que determina en Montalvo su simpatía hacia Bossuet es su formal equilibrio: «Bossuet, autor del *Discurso acerca de la Historia Universal*, es el genio que me deslumbra y domina». (3) Sus dotes: ser sabio elocuente, amigo de las virtudes, hombre puro, «fanático de convicción, cuyo fanatismo no se detenía en la crueldad ni en la barbarie». (4)

*Dupanloup.*—Montalvo estima «las pastorales del ilustrísimo Dupanloup, obispo de Orleans, como modelos de buen decir y cultura. ¡Qué cortesía de hombre, qué gracia de literato, qué elocuencia de sacerdote!» (5)

*Fenelón.*—Ese otro mentor «escribe libros de virtud y ejemplares para testas coronadas». (6)

*Corneille.*—Ya lo hemos encontrado antes: «una tragedia de Corneille en el teatro es un curso práctico de grandeza de alma y rectitud moral». (7)

*Racine.*—Este trágico compite y supera a los de

---

(1) S. T., II, 24.

(2) Catil., II, 79.

(3) Merc., 26.

(4) Merc., 25.

(5) Merc., 20.

(6) Catil., II, 79.

(7) Merc., 63.

la antigüedad. *Athalía*, «composición prodigiosa», (1) es un monumento de la religión: sobresalen «las pasiones más profundas del género humano puestas en giro con habilidad maravillosa; poesía que corre a torrentes de la cumbre del Oreb; versos de cadencia pura; sentimientos del ánimo, como si los hombres fueran todos réprobos o santos; catástrofes estupendas; lenguaje inimitable». (2) Montalvo diluye su alma en el ardor emocional de este trágico. Su capacidad de conmover lo hace alto como un Himalaya: «Racine se está hombreando, entre los siglos, con los grandes trágicos griegos: Esquilo, Eurípides, Sófocles, sus maestros, se ponen de pie, cuando él entra en su academia, y le señalan alto puesto». (3)

*Moliere*.—La sustancia de Moliere es profunda. Sus obras son epopeyas de costumbres, equiparables a las del primer trágico del mundo. (4) Su vida: «poeta desgraciado». ¿Por qué? «ahí está viviendo en la agonía, despedazado su pecho por las furias, acarreado consigo la más grande tristeza, porque tuvo la desgracia de amar profundamente a su esposa.» (5) Este juicio tiene en Montalvo una franca resonancia autobiográfica. Es la tragedia común. Su entorno: ahí están sus obras. El pintó al vivo «su tiempo y las inclinaciones de sus compatriotas». «Sus obras: *Tartufo*, *El Misántropo* son encarnaciones invariables de los vicios y flaquezas, sujetos a

---

(1) Merc., 62.

(2) Bucs., XLVIII.

(3) Bucs., XLIX.

(4) Bucs., XV.

(5) Cosm., II, 34.

La observación de los hombres de espíritu sutil que las penetran y nos sacan en la mano lo que haya en sus profundidades». (1) Sígase la preocupación ética. Ahí está don Juan Tenorio: «Moliere se apropió el modelo castellano, y con él compuso una de sus obras maestras». (2) Estimativa: «en él todo es gracia, pero todo moralidad; todo parece ligero, pero todo encierra algo profundo y grave». (3) ¿A dónde va, pues, su temperamento? ¿Qué suerte le depara esta vena aparentemente frívola?: «Es padre de la sonrisa francesa: sonrisa culta, pura; sonrisa agradable, saludable; sonrisa señora, sonrisa reina». (4) Pero no es Moliere el filósofo de la risa: la *joie de vivre*, la carcajada es patrimonio de Rabelais.

*Rabelais*.—He aquí «el padre de la risa francesa.» (5) Por «su ironía culta y salerosa, se hombrea en las librerías de los doctos con Homero y Tito Livio». (6) Montalvo, ya lo hemos dicho, es insoportable. Rabelais no se encapsula en su espíritu. Otra vez aparece el austero esquizoide, echando de su casa a este intruso que viene a turbar su soledad: «Rabelais es la vergüenza de la más culta de las naciones.» El escándalo de las teorías de Renán es otro: «a causa de Rabelais, los franceses jamás tendrán Virgilio ni Petrarca».

---

(1) Esp., II, 203.

(2) Geom., 55.

(3) Cosm., I, 121.

(4) Busc., XLIII.

(5) Busc., VII.

(6) Cosm., II, 15.

(1) En verdad, «no acierta a sernos agradable, menos a servirnos de númen». (2)

*Port Royal.*—Aquí el problema religioso. El cisma: «los sabios de Puerto Real, a despecho de los jesuitas, salen con las primeras insignias en la larga procesión de filósofos que está cruzando por los tiempos modernos». (3) Pero al llegar a Renán su actitud toma otro cariz.

*Renán.*—No logra Montalvo loar el escándalo. No el escándalo bibli-prosélitos, no sé; «pero se me alcanza que aún los que pensaren como él se rehusarían a aplaudirle». (4) Ve la inutilidad de su filosofía y su contraposición al cristianismo: «si Renán triunfara la mayor parte de las virtudes cristianas se hubieran ido ya en el humo de las Tulle-rias». (5) (Montalvo rectificó este juicio posteriormente en una revista francesa).

*Michelet.*—Sin embargo, ¿qué mueve el ánimo de Montalvo a otorgar un valor de humanidad a este último y salvarle de la quema?: «Michelet y otros impíos excomulgados por los clérigos católicos, llevan sus pasos por lugares de dolor, desentrañan secretos, y con santa cólera refrenada por las lágrimas, sacuden los trapos asquerosos de la sociedad moderna a los ojos del mundo espantado de su propia barbarie». (6) Es el Michelet psicólogo,

---

(1) *Cosm.*, II, 283.

(2) *Busc.*, LXXXI.

(3) *Catil.*, II, 113.

(4) *S. T.*, I, 6.

(5) *S. T.*, I, 6.

(6) *Catil.*, II, 134.

que rastrea el hondón del alma, a quien Montalvo acoge en su estimativa.

*Balzac.*—He aquí el matemático. (Quien pi<sup>ensa</sup> matemáticamente piensa poco. Goethe decía que se puede calcular matemáticamente la dote de la novia, pero no su amor.) ¿Dónde está la afilada matemática de Balzac, según Montalvo? Veamos: La física: «los labios apartados en infernal sonrisa, irónicos los ojos, el gesto en general aterrador y avergonzador al mismo tiempo». La psique: «sabio y espantoso». La aritmética: «con sus cuentas en la mano, esa aritmética diabólica». Balance y saldo: «criticando las costumbres francesas y diciendo que sólo tres esposas fieles hay en Francia». (1)

*De Maistre.*—Es el amigo del patíbulo: «ese gran teórico, émulo de Hobbes». (2)

*Cormenin.*—Mejor que De Maistre. Sus folletos se parecen a los de Montalvo. Montalvo es Cormenin redivivo. Su manera de verlo es una autobiografía. ¿Qué son sus folletos?: «no son libelos; son opúsculos, arranques grandiosos de indignación, que hacen temblar mundos, crujió tronos y venirse abajo dinastías». (3) Cormenin es el Cosmopolita, es el espíritu de las *Catilinarias*, de la *Dictadura Perpetua*; de los panfletos de Montalvo. Es Veintemilla, colgado de un árbol, en el curso de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*.

*Beaumarchais.*—Es un antídoto: «*El Barbero de*

---

(1) *Cosm.*, II, 34.

(2) *Catil.*, I, 25.

(3) *Espect.*, I, 31.

*Sevilla* derrama, a manos llenas, la grata sal que cura tristezas y remedia melancolías». (1)

*Siglo XVIII.*—Ingreso al Iluminismo. Los filósofos liberales. La Enciclopedia. Son temas que obligan toda la atención de Montalvo. Los hombres de este siglo son «varones perillustres que le dan un gran empuje al género humano, aun cuando no sea sino con la Revolución Francesa, provocada por ellos». (2)

*La Enciclopedia.*—La cultura transvalora la propia revolución material: «Voltaire y Rousseau, D' Alembert y Diderot hicieron más por la Revolución Francesa que Saint Just y Camilo Desmoulins». (3)

*Voltaire.*—He aquí el «rey de la Enciclopedia». (4) ¿A qué se dedica? ¿Qué espera? «Este Encédalo golpea como si estuviera forjando en el monte Etna las armas con que se propone derribar a los dioses». (5) El «sublime impío» no acaba de ajustarse a la sensibilidad cultural de Montalvo. Quizá sea la fisis: «no soy amigo de Voltaire; antes me disgusta ese rictus espantoso que le aterraba a De Maïstre». (6) Fisionómicamente Voltaire y Montalvo son dos tipos polarmente dados. La línea neta de la boca de Voltaire es la curva cuyos extremos se disparan hacia arriba. La línea de la boca

---

(1) Busc., XLII.

(2) Catil., II, 113.

(3) Catil., II, 115.

(4) Merc., 49.

(5) S. T., I, 15.

(6) Catil., II, 113.

de Montalvo es una curva hacia abajo. Son expresiones faciales contrapuestas de la emoción. Científicamente: los *orbicularis oris*, *el risorius* y *el depressor labii inferiores* denotan en el francés mezcla de duda incrédula y burla; en el ambateño desesperación, desilusión y pena. Las emociones del primer grupo son de signo positivo, las del segundo de signo negativo. Las primeras comportan una afirmación de la vida, las segundas una negación.

*Rousseau*.—Montalvo destaca el triedo de su personalidad: el hombre, el legislador y el novelista. El aspecto humano es más jugoso para nuestra averiguación. Dice Montalvo: «una de las injusticias más lastimosas de Juan Jacobo Rousseau es la temeraria, falsa e impía acusación de sus enemigos, de que en su vida se rió». (1) Nuestro propósito es hermanar el aspecto moralizante de Rousseau con la austeridad de Montalvo. Recuérdese que Rousseau es moralista e idealista como Montalvo. Por último el escritor francés es estimado como «legislador, y gran legislador electo por la filosofía». (2) ¿Cómo podría Montalvo concitar una hombría descastada a un legislador y filósofo? Esta contradicción interior mueve todos los resortes de una valorización positiva, y le salva al ginebrino. Complétase además su agrado por *La Nueva Eloísa*: «Yo preferiré siempre *La Nueva Eloísa*, con sus peligros encantadores y sus sofismas cultos». Los peligros encantadores surgen, claro está, del conflicto entre el amor y los derechos de la familia que triunfan. Pero a Mon-

---

(1) Catil., II, 16.

(2) Cosm., I, 303.

talvo, el eticista, lo que interesa es, quizá, la tesis de cómo la pureza de las costumbres domésticas prepara las reformas de las costumbres públicas. Por esto, para Montalvo, *La Nueva Eloísa* debió de ser una inquietud.

*Montesquieu.*—Es mirado desde el punto de vista de su carácter y de su sabiduría: «talento y valor, audacia y generosidad, grandeza y fama»; (1) pero sobre todo «resumen de sabiduría» (2) y además «el observador y conocedor más profundo de todas las naciones». (3) Este aspecto es importante para Montalvo viajero, cosmopolita, civilizador.

*Mirabeau.*—Más que al político, que es lo que encarna en toda su plenitud, nos presenta Montalvo al orador «con sus labios hinchados de cólera elocuente», y más que al orador, al hombre con su «cara de esfinge salpicada de resaltos indecorosos; esa ardua greña que le cobija los hombros; convirtiéndole en figurón de fuente pública; esa mirada furibunda». (4) Este gran orador es el primero de la larga constelación tribunicia «ennoblecida y sublimada por los Beryer, los Thiers, los Guizot». (5)

*Hugo.*—Llegamos a los románticos. Hugo y Lamartine. ¿Cuál será el primero? ¿Qué hubiera hecho Montalvo en siendo el portador de aquel sobre en que se leía: «Al mayor poeta de Francia». Montal-

- 
- (1) Geom., 82.
  - (2) Busc., XXXVII.
  - (3) Catil., II, 50.
  - (4) Geom., 82.
  - (5) Esp., I, 13.

vo adora a Víctor Hugo, «ese que teniendo en menos el ser Apolo, se proclamó Júpiter». (1) Esta nota de orgullo y plenitud encuentra mucha resonancia en el alma del ambateño. Es el destino del genio. Pero hay algo en Hugo que le hermana a Montalvo, que le hace gemelo en la injustificación del valor, y es ser «uno de los más ilustres reprobados de la Academia Francesa». El autor de *Los Miserables* y de *Nuestra Señora*, el innovador de la lengua, el que conoce el molde de la autoridad clásica, no puede ingresar en la Academia Francesa. Igual Montalvo. Ya se ha examinado en otro lugar la comedia de la Academia Española.

Hugo condensa al poeta: «el Víctor Hugo de las odas y baladas, el de *Las Orientales*, el de las *Hojas de Otoño*, con sangre hirviente, espíritu impetuoso, mirada vencedora, ese es el poeta». (2) A ese hay que invocar, porque llora con el desgraciado, entona su voz dulce entre los vivientes, hace de un arruinado castillo un poema, de una pared carcomida una elegía, de una columna solitaria una meditación filosófica. Es ciudadano del universo por la sensibilidad y el amor. Es mortal que aloja un dios en su pecho, «a cuya disposición está una profetisa de continuo». (3) Aquí fusiona Montalvo la misión poética y la profética en el mismo sentido de Unamuno, que llama profeta no a los que predicen el porvenir sino al que dice lo que otros callan o no quieren ver, al que dice las verdades

---

(1) Vejes., 182.

(2) Buse., XXXI.

(3) Cosm., II, 231, 222.

del barquero: el poeta, el que con la palabra crea.

*Lamartine*.—Ya se ha visto cómo Lamartine es el modelo literario de los años mozos de Montalvo. En su edad madura se aleja de él literariamente; sin embargo, se anuda entre ambos una blanca amistad. Apreciación positiva: en *Graciela*, *Jocelyn*, las *Meditaciones* y *Armonías* predomina el amor melancólico y el recogimiento espiritual. (1) Es «el más culto y remirado de los poetas.» (2) Apreciación negativa: además de las obras precitadas, Lamartine vive por *El Lago* y *El Aislamiento*, pero «no existe ya por sus libros en prosa». (3) Nótese que quien emite este juicio es una autoridad en la prosa. Y resulta justo, pues temperamentalmente no puede ensamblarse el estilo delicuescente, poético, meloso, de la prosa lamartiniana con la consistente y muscular de Montalvo.

Además, carece del sentido de la medida que debe gobernar al crítico, se propasa en los fervores y a veces da en lo absurdo: «si no fuera tan serio, tan grave, tan superior este hombre, haría reír muchas veces, como cuando afirmaba que un verso de Petrarca vale más que toda la prosa de Platón». (4) Montalvo, sin embargo, cultivó la amistad con este gran hombre y le invitó a vivir en América. Lamartine interroga a la Francia y ésta le contesta que muera. «Bien—repone—pues moriré lejos de ella, para que no le queden ni mis huesos.»

- 
- (1) Busc., XVI.
  - (2) Catil., II, 33.
  - (3) Espec., I, 206.
  - (4) Busc., XLVII.

El Montalvo joven presagia su propio destino en el destino de Lamartine. Es un trueque de destino. Son los huesos de Montalvo los que reposarían en Francia. Es una reciprocidad de sentimientos, determinantes de dos resultados paralelos.

*Chateaubriand.*—El tema cristiano fue siempre propicio a cosquillar la sensibilidad religiosa de Montalvo: «*El Genio del Cristianismo* es obra a la cual no debiera uno llegar sino después de santas abluciones en la fuente de Castalia». (1)

*Chenier.*—Poesía y miseria o la poesía de la miseria, o la miseria de la poesía. En este dilema se encuentra toda una filosofía de la vida, que consiste en aceptar la primera alternativa, conviviendo y bendiciendo el momento en que hay que padecer. Ese es el Chenier de Montalvo; no el estilista, sino el pobre. La perspectiva del andrajo llena el plano de su visión: «A fuer de apasionado a las letras humanas, Minerva le había ungido con el aceite mágico, que confiere órdenes de gloria con imposiciones de hambre y harapos». (2)

*Flaubert.*—Ciérrase aquí el *usum delphinis* de la cultura francesa. Flaubert es el artista atormentado por la forma, el pulidor que no dormía imaginando comas trasconejadas, pero *Madame Bovary* se le atraganta a Montalvo de un modo insuperable. Habiendo gastado su dinero en un ejemplar de lujo, anota: «Gasto más estúpido y canalla que he hecho en mi vida». (3)

---

(1) Busc., LXXXVIII.

(2) Busc., LXV.

(3) Espec., II, 142.

## V

Se ha visto que en Montalvo la crítica alcanza su genuina cualidad moral y se torna función de la inteligencia reflexiva, en cuya virtud su personalidad honda se hace factible. En este sentido es menester conferir a Montalvo competencia como crítico, en cuanto su visión externa no es más que un proceso crítico de interiorización: del modo de ver a los demás se deduce su propia manera de verse a sí. Se habrá notado que su estilo se hace impresionante y grandioso cuando habla de Racine y Moliere, al paso que se hace enjuto y rugoso cuando habla de Flaubert.

Examinemos la cultura inglesa:

*Shakespeare*.—He aquí un genio misterioso, cuyo origen es desconocido y que, «conmoviendo el mundo con las pasiones de su corazón, funda esta cosa nueva, compuesta, romántica, que denominamos el *drama moderno*.» (1) Adviértase, es el hombre-Shakespeare, el que con sus propias pasiones o la vivencia de las ajenas, crea el drama. Por eso dice

---

(1) Busc., XXXVII.

Montalvo lindamente: «en los tiempos modernos Shakespeare es el intérprete más poderoso de las pasiones mundanas, el gran levita del terrenal amor.» (1)

*Milton.*—Montalvo instila su crítica contra este «divino cantor del paraíso perdido». (2) No es que sea un imitador, pues «a pesar de Chateaubriand, no se hombreará jamás con los poetas antiguos.» (3) Es algo más grave, que rebota en las capas profundas y duras de su temperamento esquizoide. Montalvo no quiere humorismo, no quiere risa. La vida debe ser seria. Ese es su imperativo categórico, absoluto, que obra en él como una ley natural. Pues bien, en el centro del *Paraíso Perdido* hay un iceberg, un episodio chistoso que hiela el alma de Montalvo. ¿Con qué virtud? ¿Con qué objeto? «esta burla se levanta en el *Paraíso Perdido*, bien como farallón ridículo cortado en forma de botarga, en medio de un mar grandioso.» (4)

*Byron.*—En un librito publicado en Quito en 1928, se republica *El Heraldo de las Siete Catilinas*, de Montalvo, que es un girón de su vida combativa, anegada por obra y gracia del obscurantismo. En el prólogo del Sr. Carlos Endara dice que el viejo discípulo de Montalvo, don Roberto Andrade, refería cómo el Maestro solía estremecerse y crisparse al solo nombre de Lord Byron y explica este hecho emocional a base de similitudes de elegancia y se-

- 
- (1) Busc., XLIX.
  - (2) Cosm., II, 111.
  - (3) Busc., XXXXII.
  - (4) Busc., XIII.

lecciones espirituales, que unían a ambos en las más profundas reconditeces de su alma. Existe, además, otra causa: Montalvo, a consecuencia de una enfermedad durante la juventud, que le tuvo en cama durante siete meses, caminaba «claudicando ligeramente». ¿Se recuerda que Byron adolecía del mismo mal? Byron iba arrogantemente, cojín cojeando, y llegaba tarde a las fiestas, donde se le esperaba con impaciencia. Precisémosla algo más. Montalvo ve a Byron cerca de aquellas señoritas que, «escondidas tras las puertas o las columnas del patio, le seguían con los ojos a ese hombre pálido, erguido, que iba despacio, claudicando elegantemente.» (1) Aquel Byron que llegaba a los palacios, honrando con su presencia a las damas de mayor suposición, y «se estaba allí un instante fingiendo adustez y silencio», (2) es el rasgo con que Montalvo se identifica. Pero además de esta similitud existe en Byron toda una vida llena de interés. Adviértase que Byron es, como Montalvo, interesante, no agradable meramente: «Lord Byron, inglés famoso, obtuvo más triunfos con sus poemas que Wellington con sus victorias.» (3) Pero es un amor de dimensiones desconocidas y múltiples lo que crea en Byron el prestigio que le otorga Montalvo; es amor que todo lo toca; este ancho e intenso amor, se revela en el ruego, el desengaño, la esperanza, la ofensa, la amenaza, el aborrecimiento, el dolor, la amargura, el odio, el escepticismo, esa duda infernal devoradora;

---

(1) Geom., 90.

(2) Geom., 91.

(3) Geom., 88.

todo ello es amor, ya satánico, ya celestial. (1) El prestigio de Byron sobre la mujer se superimpone en virtud de su pura personalidad. No dimana aquel de ninguna convención social; por el contrario, Byron se queda solo con su alma, que contrapone a la sociedad ficticia. Esa mezcla del ser amable y del ser temible, esa química de elementos infernales y sobrenaturales son la clave de su prestigio: «la gentileza de su persona, el ruido de su fama, lo misterioso de su vida, eran ya triunfo para él.» (2) Añadamos un dato más: «él, unas veces de orgullo, otras de extravagancia, les daba con la punta en la cara, si cabe la expresión, a las curiosas que hacían por conocerle.» (3) He aquí dos características actitudinales del esquizoide, que además, a veces se llegaba a hacer *aterrante*.

El prestigio que confería a Byron nuestro Mon talvo, es tan dilatado que no debemos perder huella de su pensamiento. Byron es «el hombre de las pasiones y los tormentos, que traía en la cabeza un torbellino y en el corazón una constante tempestad de rayos»; este «ángel maldito, este hombre dios, pero dios perverso, tenía tiempo de ser hombre». (4) Ya bastante acerca de la humanidad de Byron, suficientemente destacada, acerca de su fama—cuando en «Milán metió más ruido que un monarca», teniendo las calles «atestadas de gentes para verle

- 
- (1) Geom., 89.
  - (2) Geom., 90.
  - (3) Geom., 90.
  - (4) Cosm., II, 218.

cuando saliera»—(1) enfoquemos el vasto cuadro de sus tipos. Fuera de sus creaciones femeninas —Guinara, Medoro, Asitea y Parisina, que le descubren como «una máquina viva de amor, movida por la inteligencia», (2) las personificaciones de más fuste son impresionantes. *Childe Harold*: «es el viajero hermoso que va cantando en divinos versos las virtudes y los vicios, los triunfos y las caídas del género humano, y lleva su último paso a Roma, sepulcro de la tierra». (3) *Giaour*: «hijo de una imaginación candente, nacido entre torbellinos de humo negro y encrespado». (4) *Manfredo*: es «ese como doctor Fausto de los Alpes, que aterrca con sus cavilaciones y da espanto con sus evocaciones» (5) y llega a tener trato «con los recónditos espíritus de la naturaleza, y devora en negro silencio la sangre de Astarté.» (6) *El Corsario*: es un «terrible ladrón de mares, para quien la vida de sus semejantes vale menos que la de un insecto». (7) *Conrado*: es el «sombrio pirata que tiene su trono de amor en una roca agreste». (8) En resumen, Byron es un «terrible naturalista» y a la vez el terrible idealista que ama lo imposible. (9) Ese es otro elemento

- 
- (1) Geom., 90.
  - (2) Geom., 88.
  - (3) Geom., 91.
  - (4) Busc., XLV.
  - (5) Busc., XLI.
  - (6) Geom., 91.
  - (7) Busc., XLV.
  - (8) Geom., 91.
  - (9) Espec., II, 94.

psíquico juvenil que le empata con Montalvo; el colocar la meta en una lejanía inaccesible, pues toda aspiración supera en sí a la misma realización. Pero el *Childe Harold*, por sí solo, es «poema con el cual se colocó de un salto al frente de los poetas modernos, arrancando aplausos frenéticos hasta de sus más encarnizados enemigos y perseguidores». (1). Quede, pues, desvanecida la impostura y purificado el juicio, que lo consideraba como criminal, sino el poeta, el gran poeta y nada más». (2)

*Shelley*.—Anotemos acerca de su muerte, ya que su vida fue amada de los dioses, como dijo el antiguo. Por eso murió joven «el ateo Shelley, aquel desdichado ingenio, náufrago en el mar turbulento de sus pensamientos, después naufragó en el Mediterráneo». (3)

*Pope*.—Es «bardo moralista y filosófico». (4)

*Scott*.—Prevalece «porque su autoridad en lo tocante a las letras humanas tiene fuerza de sanción.» (5)

*Addison*.—Esta es otra estrella señera que guía a Montalvo en sus pasos de gloria. Su obra clásica, *El Espectador*, «una de las obras maestras de la literatura», (6) le sirve de modelo a Montalvo. Aquí, pues, no estima Montalvo tanto su humanidad como su alertitud, su conciencia vigilante, que «to-

- 
- (1) Espec., I, 207.
  - (2) Busc., XLV.
  - (3) Cosm., II., 218.
  - (4) Busc., XXXVII.
  - (5) Busc., XI.
  - (6) Espec., I, 24.

ma en las palmas la sociedad humana, la mira, la vuelve, la toca con el dedo por todas partes, e indica los puntos corrompidos propinando esencias celestiales por remedios». (1) Lo que avalora Montalvo es, de este modo, el diagnóstico, la terapéutica y la profilaxia de los males sociales.

*Los Oradores.*—La oratoria se pone en él al servicio de la libertad. Allí están Burke y Fox, que «sueltan la lengua sin recelo a los torrentes de elocuencia con que inundan los ámbitos del mundo», (2) y un Chatham, «el más sublime orador que ha producido Inglaterra». (3) Pero ¿qué servicio ha de prestar la oratoria a la cultura de la humanidad? «donde un Chatham es más poderoso que el monarca mismo, allí, allí está la libertad arropada con su manto». (4) Bella lección, bella misión de la oratoria, tan profanada, tan mediatizada, tan insuflada.

*Disraeli.*—Montalvo es un espíritu de esencia: va siempre a lo mejor por la *diritta via*. Disraeli es «autor de las tres más grandes y bellas novelas que se han escrito en lengua inglesa en nuestros tiempos». (5)

*Gibbón.*—Hay que estimarle como «uno de los más grandes y respetables historiadores modernos». (6) Su obra es tan clásica que se halla transvasada a todos los idiomas, incluso el español.

---

(1) Cosm., II, 216.

(2) Catil., I, 169.

(3) S. T., I, 52.

(4) Catil., I, 169.

(5) Espec., II, 175.

(6) Merc., 174.

*Poe.*—Es un borracho «el gran poeta de los Estados Unidos del Norte», aunque su cuerpo era «sanctuario de las musas». (1)

---

(1) *Busc.*, LXIV.

## VI

CULTURA ITALIANA.—El albor de la cultura italiana propia rompe con la épica. Mientras los otros pueblos no tienen un solo poeta épico, Italia tiene cuatro: «Dante, Petrarca, el Ariosto, el Tasso, en poesía, son figuras gigantescas cuya sombra se extiende por el porvenir». (1)

*Dante.*—No es ficción cómo Dante coloca en las regiones infernales a los que éticamente están mal constituidos. Esto vale más que todo su poema y que su obra entera. La preferencia de Montalvo deriva de su identidad con el moralista: «ha hecho muy bien de poner en el profundo, aun viviendo muchos de los que él encuentra por allá en pleno goce de los suplicios.» (2) Es el castigo de los males, el infierno platónico. Es el principio hindú de la escisión mundana de bien y mal que ha de concretarse. Es el Dante del destierro lo que impresiona a Montalvo. El proscripto que ve en la sanción trasmundana una compensación psíquica, vindicativa, del sufrimiento de la tierra.

---

(1) Busc., XXXVII.

(2) Busc., LXXXII.

En algunos artículos Montalvo ha sufrido la presión del estilo alegórico simbólico. Llega a transportarse a los infiernos, y encuentra entre los precitos a toda laya de tiranos, criminales, viciosos, corrompidos, entre ellos reyes y emperadores. Tal parece como si, escondido detrás del florentino, voceara a sus enemigos: *¡O voi ch, entrate-perdete ogni speranza!* En estos artículos se asiste a una pompa fúnebre, donde se oyen gritos desolados y se afrontan fantasmas y apariciones. En otros artículos presenta, en forma de deidades simbólicas, la razón, la justicia, la libertad y el ingenio, ultrajadas por el tirano. Pero el simbolismo se hace más factible cuando contempla al pueblo ecuatoriano, sumergido en la tiniebla, carente de luz. Entonces le incita a dirigir sus pasos a un templo en cuyo frontispicio brillaba deslumbrantemente, en grandes caracteres, la inscripción: LIBERTAD. En ese templo el austero Catón oficia de sacerdote.

Permítase, al abordar el problema, sugerir una interpretación política del símbolo.

El símbolo oculta siempre una segunda intención. Hay en él algo recóndito, la punta de cuyo velo es preciso levantar. Pero la relación simbólica contiene una regularidad profunda, sumamente extraña e incomprensible en su fundamento último; es así algo dado primariamente al espíritu, pues subyace en su constitución esencial, casi siempre descifrable. De aquí que el símbolo sea la forma última, esencial del lenguaje corriente, del folk—lore y de los sueños, tan próximos a la fantasía. Pues bien, el símbolo es un instrumento político caro, y se allana a todo. Es la fusión de la apariencia de las cosas con su

sentido íntimo. Es no mentar las cosas por su nombre, sino mentar el símbolo, sugerir. Es así un expediente que lleva en su curso la inmunidad. Ataca, concita verdades que están patentizadas, tanto en los que producen la justicia cuanto en los que la sufren, y crea una inteligencia común, comunal, que salva el decoro y esparce el ánimo. Es ese el valor de la alegoría. En ese sentido Montalvo, como Dante, ofreció una bella lección. No es, como arma en la lucha política, la maza basta del hombre cavernal; es una nueva fase de la guerra química, que quema y mata con esencias aromáticas.

*Petrarca.*—Montalvo se interesa en los tramos de su evolución interior, en el proceso de su vida juvenil ascendente. El tema sigue siendo psíquico: «Las Gracias tuvieron cargo de él durante los años de su infancia: las musas le tomaron por su cuenta desde que tuvo uso de razón». Además, le preocupa la apoteosis, con que sueña el idealista, la realización plena y postrera de su historia individual: «Petrarca vive, y su corona, la corona del Capitolio, está resplandeciendo a los ojos del género humano». (1)

*Bocacio.*—Como Rabelais no le interesa. Montalvo se cubre con gélida envoltura. Es respecto al autor del *Decamerón* una personalidad constitucionalmente contrapuesta. No hay flexibilidad alguna en su actitud hacia este escritor que «rendía homenaje al vicio en obras obscenas». (2)

---

(1) Busc., XLVII.

(2) Busc., VIII.

*Tasso*.—El motivo bélico no disgusta a Montalvo, pues en las ideas históricas de éste hay cierta concepción heroica, un pacifista de todo en todo; recuérdese la carta a García Moreno: «me asiste el vivísimo pesar de no poder incorporarme a esa expedición grandiosa, porque si de algo soy capaz sería de la guerra».

Por eso puede comprender al poeta épico y ver cómo «la guerra misma se reenfurece, por decirlo así, y crece en sanguinaria pompa descrita por las valientes pinceladas con que retumba el Tasso». (1)

El problema de la guerra internacional es en él muy diverso. Sin embargo, en este aspecto Montalvo se aleja un tanto de otros tipos idealistas puros, como Rousseau y Kant. El primero con su retorno a los valores primitivos, y el segundo con el anhelo de la paz perpétua, en que deben complacerse todos los hombres de bien, para llegar a una sociedad civil internacional. Montalvo, cuyo cosmopolitismo es comparable al de Kant, tiene un paliativo para la guerra.

En Montalvo la paz, la concordia humana es una exigencia del derecho público y cosmopolita, pero en él hay otra personalidad: es él un proscrito por la tiranía. Por eso su pacifismo reconoce una sola excepción; la guerra contra la tiranía, que une las dos mitades, posiblemente separadas en Kant: el hombre teórico y el hombre empírico. La teoría pacifista ha sido formulada por Montalvo con gran exactitud, refiriéndose a la guerra franco—prusiana: «la guerra que va ha tener lugar o ha principiado

---

(1) Catil., II, 10.

en Europa será, como todas las guerras, exterminadora, infecunda, inútil.» Hasta ahí el hombre teórico. Pero «¿sabéis cuál guerra producirá buenos frutos? la que la libertad moviese contra la tiranía.» (1) Aquí el hombre empírico, el político, el proscripito.

*Beccaria.*—Ahora el motivo es la justicia penal. La doctrina clásica de la congruencia entre el delito y la pena. La defensa social, objetiva, contra el que vulnera los valores estatuidos de la convivencia, Eso es lo que obliga toda la atención de Montalvo en esa «obra inmortal» titulada «De los delitos y las penas.» (2)

*Cantú.*—Sábese que Cantú, ese «grande y verdadero cristiano», era admirador de Montalvo. En Italia ya se conocía *El Buscapié*, que había sido traducido como «fuente de gran caudal»—según dice aquel.—Para el historiador italiano Montalvo es hombre de grandes intenciones, que se caracteriza por su gran rectitud moral y su elevación constante. Recíprocamente Montalvo vió en Cantú al «gran personaje dotado de todos los conocimientos humanos y todas las virtudes, que echa sus sentencias desde el trono de la historia y de la filosofía». (3)

*Manzoni.*— En el juicio de Cantú sobre Montalvo hay una reserva relativa al autor de *Los Desposados*. No acepta el historiador italiano que se considere a Hugo como genio y a Manzoni como hombre de ingenio meramente. En otro lugar califi-

---

(1) Cosm., II, 116.

(2) Cosm., II, 216.

(3) Merc., 11.

ca a Manzoni de «poeta de primer orden que es a la vez un gran prosista.» (1) Recuérdese igualmente la opinión de Menéndez y Pelayo en su carta a Montalvo.

*Naturalismo italiano.*—Montalvo piensa que es lástima que Salvatore Farina, Capránica y D' Amicis sean suplantados por Giovanni Verga y Luigi Capuana.

---

(1) Espec., II, 121.

## VII

CULTURA ALEMANA.—El rasgo esencial histórico de la cultura alemana es el carácter novel de su vocación humanística. Como antorchas altísimas, ingenios de primer orden sobresalen: Goethe, Schiller y Klopstock. (1)

*Goethe.*—Goethe el psicólogo, es el que destaca Montalvo: «en su audacia no vaciló en penetrar el embolismo del pensamiento enredado en las negras tramas del infierno». Se advierte aquí el problema de la ciencia del Fausto, de espaldas a la vida. Veamos: «Goethe, el anatómico del alma, el que diseccionó y escudriñó con más perspicacia las entrañas de sus semejantes; Goethe el que conversaba con el príncipe de las tinieblas y estaba en los secretos de sus torturas y desgracias.» En este último extremo alude al *Wérther*. Y después, a Mefistófeles, la tentación, la posibilidad vital y la atmósfera diabólica, sobornadora; «Goethe el cantor de Mefistófeles, el que en profunda noche asiste en una temerosa monañía a los misterios de los espíritus». (2) Ahí la vida en su cara demoníaca, aquella que comprendió

---

(1) Busc., XXXVII.

(2) Cosm., II, 216.

tan bien Montalvo, y que sabe todo idealista; la que en el interior del destino exige que hagamos muchas cosas, pero de éstas las pocas que están a nuestro alcance.

El doctor Fausto tiene el diablo de por medio en forma de amigo y confidente, «dando esos pasos ruines que obvian dificultades entre amantes impedidos». (1) Otra vez el drama de ética sexual. Otra vez el amor psíquico separado del físico. Montalvo sabe que su dolor proviene de la venta del alma, de la pérdida de lo perdible, de lo único que nos pertenece de un modo absoluto: la conciencia. Por eso: «vive hundido en la negra tristeza que martiriza y vuelve infeliz al doctor Fausto». (2) Montalvo se hubiera adelantado al pacto y le hubiera dicho: *O homo, fuge*, que quiere decir: hombre, huye del mal, inmunízate. Finalmente Montalvo ve en Goethe al hombre que desentraña secretos, ara y siembra: por eso le llama Maestro.

*Lutero.*—Es posible que Montalvo simpatizase con el ideal luterano de vida. Lejos de ver en Lutero al monje fracasado y resentido, avalora a este fraile como «patriarca de la reforma» y «el hombre sabio, gran sacerdote y persona de buenas costumbres». (3) La figura de Lutero atrae a Montalvo. Además piénsese que Lutero estimula la libertad de conciencia, y que va contra la impureza sacerdotal, contra la simonía y contra la potestad económica de la Iglesia.

---

(1) Geom., 56.

(2) Geom., 56.

(3) Merc., 160.

*Humboldt.*—A este sabio va unido el nombre de América. Ya se ha visto la misión científica de Humboldt, durante los años 1801 y siguientes, en Quito. Para este hombre, pues, hay «necesidad de darle puesto separado, como a quien no está en su lugar ni aún entre grandes.» (1)

*Hoffmann.*—No es posible filiar con exactitud la afinidad de Montalvo y Hoffmann. Es una simpatía corporal hacia ese «gotoso, llagado el cuerpo, que mortalmente dolorido, se hace arrastrar a la ventana para ver desfilar ante sus ojos la comparsa de la comedia humana», (2) y su identificación en aquel célebre cuento del Aimatocare, la mariposilla cuyo descubrimiento discuten apasionadamente dos naturalistas. Pero más que esto debemos observar, ya lo hemos insinuado, que uno de los síndromes de la psique esquizoide son las imágenes delirantes. Aquí está el cruce de esos dos caminos tan diversos. En Montalvo la exaltación imaginativa, alucinatoria, se debía a altas fiebres. Me refiero a sus «Cuentos Fantásticos.—Gaspar Blondín» (Agosto de 1858) y a su «Comunicación con los espíritus» donde la mórbida fantasía se toma cuerpo.

*Beker.*—El motivo patriótico. Beker es el «Tirteo de la Germania amenazada.» (3)

*Heine.*—No es el Heine del *Reisebilder* sino el de la ironía, melancolía y el de los folletos mortales. Veamos: «un delicado veneno está oculto detrás de esas ondas de poesía cuando el sarcasmo no se

---

(1) Busc., XXXVIII.

(2) Busc., LXV.

(3) Busc., LXV.

presenta con el rostro descubierto y hace beber torrentes de amargura a quienes el tribunal de la conciencia ha condenado al peor de los suplicios». No es Montalvo sintonizable a la fina ironía, ni mucho menos a lo que subyace en ella. El temperamento de Montalvo es directo, recto. En él la segunda intención no se filtra. Por eso aquel es un juicio de valor descriptivo, no admirativo.

## VIII

Para Rusia y Portugal pocas palabras. Rusia es «pueblo nuevo y nef, fomentan una literatura nacional que harán de aquella «una Francia, la Francia del siglo de Luis XIV». El pronóstico es exacto para la moderna Rusia en su conjunto cultural.

El juicio del único hombre de Portugal aparece en Montalvo hiperbárbaro—dicen los ingleses; pero Pouchkine, Gogol, Tolstoy y Tourgebólico. ¿Qué preferencia tiene ese «gran mendigo» para estimarse que «fuera de él no hay en Europa hombres de talla extraordinaria?» (1) Parece inexplicable esta perspectiva. Dejad de lado *Os Luisiadas* y el secreto está descubierto. Portugal ha destrozado con su émbolo el alma de Montalvo. Por eso la condena ante el tribunal de la historia, a causa del «escándalo que ha dado, dejando pedir limosna y morir de hambre al máyor de sus hijos!» (2) A mayor desgracia, mayor grandeza.

---

(1) Bucs., XXXVII.

(2) Bucs., LXIII.

## IX

Hemos situado en el último plano la cultura hispánica. Los hombres eminentes de España no están tomados en su humanidad sino más bien en su literalidad. Se identifican plenamente en el espíritu del ambateño, pero en cuanto son modelos de bien decir, en cuanto revelan excelencias culturales *per se* y no una cualidad moral significativa.

*La Celestina*.—La valoración otorgada es doblemente cultural. En un extremo la estima como «uno de los oráculos de la lengua castellana.» (1) En otro como obra caracterizada «por la propiedad, gracia y maestría». (2) No hay más cita de ella en su vasta producción. ¿Y los tipos psicológicos, y la emoción condensada a lo largo de los actos? Nada de eso interesa a Montalvo. Recuérdese que toda producción naturalista rebota en su temperamento adusto. *La Celestina* es «libro divino si encubriese más lo humano», según dijo Cervantes. El realismo de *La Celestina* se contrapone a su carácter

---

(1) S. T., I, 350.

(2) Busc., LXXXV.

esquizoide. De toda esa divinidad, pues, sólo queda una cosa en pie: el estilo.

*Garcilaso.*—Continúa el tema del estilo. No le interesa ni la figura de este *cortegiano*, ni su heroísmo, ni sus credenciales diplomáticas, ni sus amores «fechos al itálico modo» ni su muerte al servicio del emperador. Sólo se preocupa por sus «melífluos y sonoros endecasílabos.» Montalvo tiene de Garcilaso pues, una concepción métrica de la vida.

*Lazarillo de Tormes.*—No es problema el destino social del pícaro, ni su personalidad sin carácter, pero tan interesante. Ni el tramo histórico de la vida española páupera y holgazana. El realismo y Montalvo son dos. ¿Cuál es pues, el valor del *Lazarillo de Tormes*: «el que no tiene noticias del *Lazarillo de Tormes* no sabe lo que son primores del buen decir» (1) Además atribuye erróneamente esta obra a Hurtado de Mendoza, (2) cosa que hoy no se acepta (Morel Fatio, Delbosc, Chandler, Cejador).

*Castillejo.*—Continúa el problema métrico. Los versos de Castillejo «adolecen de rubicundez; la Santa Inquisición tiene la culpa que le dió pasaporte para la posteridad.» Más adelante añade: «ese cuarteto de pie quebrado—¿por qué en las demás literaturas no habla de la métrica sino de la vida?—y de los otros muy más ardientes que omito por inocencia y pureza en el decir.» (3) Le llama atrevido y le contrapone a su espíritu candoroso, inocente. Regresamos al

---

(1) Merc., 76.

(2) S. T., I, 266.

(3) Catil., II, 352.

hombre puro, al esquizoide anti - realista, anti - pornográfico. Altura pulcritudinal.

*Quevedo.*—He aquí el hombre de la «eterna risa» (1) que «le faltaba savia para los matices del platonismo.» (2) He aquí los dos Quevedos. Uno el festivo, el salado, cuyo nombre se ha desquiciado injustamente en la vertiente pornográfica de los corrillos. Otro, el estoico, el sufridor de la torre de Juan Abad, el del memorial, que quiere decir lo que siente y sentir lo que dice, el casi platónico, que para serlo necesita sólo un poco de seriedad. La vida es grave para Montalvo: Quevedo y Fígaro echan «sus rehiletos de manera de hacer reír a las musas en el Helicón.» (3)

*Larra.*—Reía Larra? Se alegraba o fingía reír. La personalidad de Larra es simpática a Montalvo, como que fué el sensible seismógrafo que denunció las convulsiones geopsíquicas de la España de su época. Es el hombre -Larra, que aparece feliz, satisfecho de la suerte, el que concita a Montalvo. «¡Pobre Figaro! Ofrece a los demás esos licores encantados que destila en su laboratorio mágico, y para él no hay sino cosas amargas: su copa es negra; las pesadumbres le sirven ese veneno misterioso que suele llevarse en flor a los que prevalecen por la sensibilidad.» (4) Ese Jano bifronte mira, con una cara a la imprenta, o sea al mundo; con la otra a su propia intimidad dolorida, magulla-

- 
- (1) Catil., II, 145.  
(2) Vej., 241.  
(3) S. T., I, 335.  
(4) Buse., XVII.

da. Pero eso no es reír, lo que se llama reír. Analicemos en Larra más detenidamente esas dos mitades psíquicas. La una está representada por la imprenta. En sus manos «la imprenta es esa muchacha retozona e inocentemente maliciosa, pícotera y alegre, *fetivissima omnium puellarium*». (1) Pero no es como Rabelais. Detrás de esa capa hay un hidalgo: «hombre culto y leal, nunca tomó por objeto de sus burlas a sus amigos, poniéndose careta para que no le conociesen; antes cuando había tratado ofensivamente a una persona, le daba las señas de su casa indicándole la hora de hallarle a punto fijo.» (2) Este carácter, esta consecuencia en el obrar, esta hidalguía es lo que potencia Montalvo, en cuanto la vive y la plasma en su propio ser.

*Calderón y Lope.*—Montalvo considera a Lope sólo como una «gloria nacional.» (3) Valera le dice que es universal. ¿Y Calderón? «¡Calderón! El gran Calderón de la Barca, que pasó la vida en componer *Autos Sacramentales* para el teatro.» (4) Montalvo quiere transigir y le ensancha la fama a Calderón: «este buen clérigo entra como poeta de alto coturno en la crítica de ese soberano repartidor de la gloria». (5) Alude a Schlegel, desarrollando el tema: Calderón en Alemania.

*Cervantes.*—Impresiona el hombre, el vivir *sub specie humanitatis*: «tanto le hemos compadecido por

- 
- (1) Cosm., II, 256.
  - (2) S. T., I, 345.
  - (3) Merc., 64.
  - (4) Busc., XXXVIII.
  - (5) Busc., XXXVIII.

lo infeliz, que nunca hemos contemplado en su suerte, sin sentir húmedos los ojos.» (1) Qué clase de obra es el *Quijote*? «no es obra de simple inspiración, es obra de arte,—tesis copernicana de Américo Castro—de las mayores y más difíciles que jamás han llevado a cima ingenios grandes.» (2) Balance de la obra total de Cervantes: «es el más singular, el más feliz de los grandes escritores modernos.» (3)

*Avellaneda*.—Es el rival espúreo de Cervantes: «El monje ruin que irrogó tantos agravios al autor del *Quijote*, no es su competidor, menos su émulo; rival es porque obran en él la envidia, odio, deseos nefandos.» (4)

*Luis de Granada*.—Estima a los dos Luises, pero a Granada lo invoca, para su salvación: «Alma del padre sabio, ¡oh, tú, Granada invisible!, si en tus peregrinaciones al mundo; si cuando sales a recoger tus pasos, aciertas a distinguir a ese devoto de tu nombre, bendícele!» Su respeto sincero hacia este «sabio teólogo, sacerdote virtuoso, varón apostólico, gran personaje eclesiástico,» (5) toma una dimensión apologetica; él no se considera suficiente, sabe de las filigranas de las cosas y de la virtud de ese docto ignorar, que tan bien comprendió el Cusano y le pide a la Santa Doctora que descienda sobre él y le alumbre.

---

(1) Busc., LXVIII.

(2) Busc., XXXII.

(3) Busc., XLI.

(4) Busc., LXIII.

(5) Catil., II, 316.

*Saldo general de la cultura hispánica.*—Además de los clásicos citados, añádase: los Argensolas, Rioja, Herrera, Hurtado de Mendoza, Fuenmayor, Mariana, Capmany, etc. Poesía: «desde el Arcipreste de Hita ninguna nación más aventajada en ingenio poético». Prosa: «desde el infante Juan Manuel, ninguna más fecunda en prosistas de primera clase.» (1) Influencia ejercida: «iban a buscar en ella sus obras maestras los mejores poetas franceses y los más sabios literatos.» (2) Originalidad: «maestros originales, inventores, muchos y muy grandes ha tenido España en todo tiempo.» (3) Artistas del lenguaje: «para arífices delicados de la lengua y pulidores de todas sus partes, ningún pueblo como ella.»

---

(1) *Busc.*, XXXVIII.

(2) *Espect.*, II, 117.

(3) *Busc.*, LXXXV.



# UN ECO DE 1903

POR

CESAR ZUMETA

Juzgó el editor de las obras póstumas de Montalvo que debía precederlas un estudio de la obra del gran ecuatoriano. Es de suponer que meditó mucho antes de decidirse por aquel a quien honraría confiándole aquella labor alta de toda la alteza de Montalvo y bastante para quien supiera y quisiera erigirle monumento a su propio nombre y a la memoria del autor de los *Siete Tratados*. Era en un escritor americano en quien debía pensar en primer término, como que no suelen ser invitados los escritores trans ni cisandinos a escribirle prólogo definitivo a libros de ilustres pensadores del Asia ni de Europa, y no es de esperarse que los críticos de allende el océano estén tan al tanto como los nuestros de una literatura que aún no juzgan aquellos digna de ser estudiada con cariñoso ahinco. El editor de la *Geometría Moral*, o no pesó estas cosas, o tuvo a Rodó, a Cino y a los tres o cuatro más que en América habrían alzado a Montalvo debido pedestal y fue a solicitar para el renombre del epilogista de Cervantes, la consagración de Dn. Juan Valera.

El señor Pallares Arteta es responsable de esta nueva *Carta Americana*, cuyo autor en arranque de ingenuidad dice de ella: «después de haber estado muchísimo tiempo apurando la paciencia de usted, no he acertado a escribir algo que merezca publicarse sobre la obra de Juan Montalvo».

Intrigado por mucho de cuanto calla y por casi todo cuanto dice y sugiere la carta—prólogo del señor Valera, llegué hasta el rondín de consonantes en que remata: «q. l. b. l. m.» Sólo entonces vine a darme cuenta clara de lo leído. «Siempre de Ud. afectísimo, y buen amigo y seguro servidor, q. l. b. l. m.» No es precisamente exacto que Dn. Juan Valera, en el hecho o siquiera en pensamiento, le bese las manos al Sr. Pallares Arteta; ni había de sufrir la verdad porque perdiera el *ísimo* aquel superlativo afecto que don Juan le protesta a Dn. Leonidas. Pero la fórmula fue escrita, no por rendir homenaje a la amistad, qué es cosa excelsa, ni a la verdad, que en aquel preciso instante no preocupaba al venerable autor, sino por ajustarse al espíritu de futilidad y galante disimulación que dicta esos inocuos mentires consentidos.

Este espíritu de besamanos preside el ordenamiento de un prólogo donde el señor Valera calla, sugiere y afirma cuanto con gran hombría de bien se propuso callar, sugerir y afirmar; pero todo ello como a la ligera, pretextando a cada página que no le es posible escribir el prólogo ofrecido. Don Juan Valera, en verdad, no lograría ensayar a fondo el estudio de Montalvo ni de hispano-americano otro alguno de talla, porque él no alcanza a ver a quienes en América piensan en castellano, sino productos curiosos de gente inferior, insurrecta y desconocedora de la madre Patria. El afirma que por la conquista «los *indios* de América surgieron de repente desde el estado salvaje o semi-bárbaro al grado de cultura que había en España al empezar el siglo XVI». Que la «descendencia de esos *indios*, dio meros imitadores de antiguos escritores españoles», «codiciosos herederos, sin piedad filial,

ansiosos de que Europa caiga para que América se eleve». Quien tal afirma y distrae sus siestas en el embeleso de tan plácidas consejas, puede hacerle más cabal justicia a los habitantes de las espaldas de la luna, que a los escritores del Nuevo Mundo, de quienes, dicho sea con sincera simpatía por el amable y magístral ironista, está en espíritu a la distancia cuasi estelar de que es cifra el consabido besamanos.

El Montalvo de Valera es un indio erudito, candoroso hasta el punto de que, para designar su optimismo, propone el padre de *Pepita Jimenez* el vocablo *panfilismo*; disertador voluble y divertido de cuya obra es difícil aislar enseñanza o filosofía personal, porque ese indio, estudiosísimo y simpático al crítico español por lo inaudito de su casticismo, es en suma un loro sabio que repitió cuanto de Europa aprendiera.

Ni el culto a la pureza del idioma, ni la admiración que a España profesara y por los cuales admiración y culto, Valera, aun cuando confiesa no conocer a Montalvo como es debido, le otorga primacía entre todos cuantos escribieron prosa y verso en América; ni aún esto le salva de que el crítico descubra en él al insurrecto que tuvo la arrogante osadía de escribir capítulos que se le olvidaron a Cervantes y que, de fijo, supone a las cosas y a los hombres de América «mayor ser, superior energía y trascendencia más alta» que a los del resto del mundo. ¿Por qué? Porque cierto Dn. Juan, que Montalvo crea en este póstumo tratado, es harto tropicalmente viril para el sentir del Sr. Valera, y esta para él exagerada impetuosidad del burlador ecuatoriano, le arranca una sonrisa dedicada a cuanto él ve de *pánfilo* en el autor de las neo *Catilina*-

rias. Escabroso averiguar el de si tiene o no razón de sonreír en esta vez el señor Valera. No publica la fama estadísticas últimas o salomónicas, pero aún cuando ante ellas resultara excesivo este nuevo Don Juan ¿por qué habría de ser también censurable aquella virtud pobladora de los indios... o indo-criollos?

En tanto la *Geometría Moral* aguarda aún propleo y la estatua de Montalvo aguarda pedestal.

*Junio—1903.*

#### NOTA BENE

Hablando de Montalvo con Zumeta,—que ya está viejo pero todavía muy válido de cuerpo y lúcido de memoria,—recordó haber escrito algo sobre el prólogo de Valera, hace años, cuando un prólogo de Valera era una novedad en América.

Le insté a que me diera a conocer su escrito. Rebuscando, me dice, papeles viejos, ha hallado esa gacetilla, que ha tenido la bondad de copiar y de dármele en esta forma.

Este autógrafo de Zumeta, creo que tendría en la BIBLIOTECA y CASA DE MONTALVO,—tanto como para mí su conversación, siempre tan sutil de conceptos que parece algo difícil de expresión,—un valor de curiosidad y testimonio; y así lo mando, en recuerdo amistoso, a la diligencia y meritísima dirección de J. P. MERA, quien ha de darle cabida en su repertorio e importancia, si retrospectiva por la fecha, de nuevo actual por el fervor con que el ilustre veterano me ha hablado, y aún me ha escrito en otras páginas que guardo, de su constante y siempre verde admiración por Montalvo.

**G. Z.**

GINEBRA, 1935.

CASA DE MONTALVO  
BIBLIOTECA DE AUTORES NACIONALES

AMBATO  
(P. O. Box N° 128)

ECUADOR  
(Sud-América.)

Fundada, de conformidad con el Decreto Ejecutivo expedido el 21 de Agosto de 1926, en la histórica casa donde nació el Príncipe de nuestros escritores, es, sobre todo, por otro Decreto especial del H. Congreso, el **repositorio de la producción intelectual ecuatoriana.**

Posee quizá la mejor y más abundante y completa colección que existe de ella, y que día a día va acrecentándose notablemente, merced también a la obligación de los escritores y editores nacionales, de enviarle todo cuanto se publica en el Ecuador. Y además, sendas **Secciones bibliográficas de los países extranjeros**, con lo que se complementa, por decirlo así, el concepto específico fundado en las condiciones, características y finalidades de la institución: *Casa de Montalvo*, por nombre

propio y por antonomasia; casa del escritor y del libro ecuatorianos, y por ende, del libro, el pensamiento escrito, el espíritu «cosmopolita» o ecuménico que aquel no podría o no debería dejar de guardar o reverenciar en ella....

Secciones especiales de la **Hemeroteca Nacional** y de la **Hemeroteca Extranjera**, — acaso también las únicas que existen en el país; y otras de intercambio, distribución o propaganda bibliográfica, para la que efectúa sistemáticamente la Casa, en el doble sentido, incluso, de la mayor difusión del nombre y las letras ecuatorianas en el extranjero, y de las de los demás países en el Ecuador.

La misión, las relaciones y facilidades de la Casa, la bien consultada reglamentación de ese servicio, etc., lo vuelven, en verdad, inapreciable para la mayor propaganda de la producción bibliográfica nacional, y para los escritores extranjeros que desearan difundir aún más sus obras y ejercer mayormente su apostolado entre nosotros.

La moderna organización de este centro cultural, ha venido a crear en el país un tipo

hasta ahora poco menos que desconocido de la institución,—la Biblioteca Pública, propiamente dicha; y la obra que realiza y aspira a realizar le hacen sin duda merecedora, y demanda, como la que más, el concurso valioso, la contribución espontánea y general de cuantos son los amigos de la cultura, dentro o fuera de la República.

Razones múltiples, y condiciones y circunstancias especialísimas, como las del Museo Histórico de nuestros grandes hombres y particularmente de Montalvo, que se viene entusiastamente formando; el gran Mausoleo donde reposan, junto a su propia casa nativa, los despojos del Maestro, el culto que se le rinde la general simpatía por la institución, etc., etc., atrayendo hacia ella, diaria e incesantemente, el mayor número de visitantes, romeros espirituales y devotos de todas las clases sociales, le ponen, por otra parte, en condiciones de corresponder o aprovechar mejor los generosos medios y recursos cooperativos que se le ofrecen, garantizando aún más la consecución de los fines que se ha impuesto, en servicio de los más altos y nobles intereses de la cultura.

## OBRAS PUBLICADAS

JUAN MONTALVO.—*El Descomulgado.*

FRANCISCO URIBE.—*La Tierra de Montalvo.*

AGUSTIN L. YEROVI.—*Juan Montalvo.*—Ensayo Biográfico.

CASA DE MONTALVO.—*Celiano Monge,*—*Hijo predilecto de Ambato y Cronista oficial de la ciudad.*

CASA DE MONTALVO.—(JUAN MONTALVO.—*El Regenerador. No 4.*)—Homenaje a Guayaquil.

REPERTORIO MONTALVINO.—Escritores Extranjeros, Vol I:

ROBERTO AGRAMONTE.—*Panorama Cultural de Montalvo.*

### PROXIMAMENTE

REPERTORIO MONTALVINO.—Escritores Nacionales, Vol. I:

GONZALO ZALDUMBIDE.—*Juan Montalvo.*

*Cuadernos de Montalvo,*—algunos opúsculos. (Páginas inéditas, interesantísimos apuntes literarios, lingüísticos, etc. del Maestro, que serán un nuevo e inapreciable aporte para el estudio de su personalidad y de su obra).

## REPERTORIO MONTALVINO

---

Nos place iniciar, la *Sección de Escritores Extranjeros*, con este magnífico y novísimo trabajo del eminente Profesor y publicista cubano, Dn. **Roberto Agramonte**—«**El Panorama Cultural de Montalvo**»—, cuya primacía en esta colección se justifica también para nosotros por el empeño de ir completando esa sección bibliográfica de nuestra Casa, que podría considerarse como la biblioteca que su gran señor y dueño *hubiera podido tener en ella* o más propiamente, y *extrañamente*, la *biblioteca ambulante de Montalvo*....— A su mérito intrínseco, se ha unido la circunstancia de corresponder a uno de los admiradores extranjeros más devotos del Cosmopolita, que viene haciendo por la difusión de su obra y el conocimiento de su personalidad, una labor que merece nuestro país alto aprecio, y del cual esperamos todavía su aporte mayor en ese sentido, que será su más amplio y completo estudio acerca de nuestro compatriota.—A modo de *Apéndice*, no hemos resistido a la tentación de insertar de una vez en este tomito, esa brillante página de **César Zumeta** que, autógrafa, ha tenido la gentileza de enviarnos nuestro Exmo. Sr. Ministro Plenipotenciario en Suiza, Dn. Gonzalo Zaldumbide.

Y la de *Escritores Ecuatorianos*, con uno de los más notables y magistrales estudios que han podido trazarse del Cosmopolita, admirable sín-

tesis de su vida y su obra, debida a la autoridad altísima del primer crítico ecuatoriano y uno de los mayores de América, sucesor del maestro Rodó, en concepto de quienes así han sido reputados por nuestro dilecto literato.

La obra de **Dn. Gonzalo Zaldumbide**,— «**Juan Montalvo**»— que aparecerá próximamente, debe ser considerada como una publicación especial o independiente de nuestra Casa, como un esfuerzo o un empeño particular de ella, por muchos conceptos, de modo idéntico al en que no tendrá por menos que ser recibida por los que saben que pocos escritores de entre los nuestros, sobre todo, pueden aventajarle en sus dones de crítico literario, mayormente en tratándose de estudiar y juzgar a Montalvo.

Mucho ha hecho ya él por honrar su memoria, por reivindicar su gloria; y la CASA DE MONTALVO, interpretando el sentir de Ambato, ha querido rendirle desde mucho antes, de modo excepcional, por así decirlo, este homenaje, que es a la vez necesidad e interés cultural de la institución: reflejar su aprecio y gratitud, su admiración profunda, difundiendo aún más una de sus obras más bellas, cuya reproducción se ha retardado, muy a nuestro pesar, por circunstancias diversas y el deseo de obtener previamente la venia de su ilustre autor. Pero entonces nos permitirá que ella sea la con que iniciemos la *Sección Nacional* del REPERTORIO MONTALVINO, como para proseguirla estimulados desde luego con la magnífica aceptación, el justo y grande aprecio con que será acogida dentro y fuera del país, como todo cuanto sale de su envidiable pluma.

